

Trashumancia del amor cautivo de Roberto Bañuelas

PURA LÓPEZ COLOMÉ

La poesía es una aspiración. Si hay algo de lo que no me cabe la menor duda es eso: quienes la escribimos o pretendemos escribirla, somos tantálidas aproximándonos, sedientos, al agua que se aleja, y hambrientos, a los frutos que no podemos poseer. Es camino de percepción de lo inalcanzable, por escrito y a lo largo de una vida. Es un oxymoron cabal, un dulce dolor en calidad de castigo por haber abusado del favor de los dioses, revelándole a la humanidad los secretos aprendidos en territorio sublime. A primera vista, parece maravilloso el haber robado néctar y ambrosía de la mesa de Zeus para darla a los hombres: he ahí la poesía. Pero el hacedor permanecerá encadenado, contemplando, además, la roca que pende sobre su cabeza, siempre a punto de caer, siempre recordándole su falibilidad, su condición, su miedo.

Desde muchos ángulos, la sensibilidad de Roberto Bañuelas pertenece a este ámbito. Porque en ninguno de sus poemas se despliega la satisfacción total de –al fin– haberle llamado a las cosas por su nombre. Hay soledad a diestra y a siniestra, intensificada por el hecho innegable de no pertenecerle a estos tiempos entrecorridamente modernos en que priva la pulverización expresiva, en que la búsqueda del secreto espiritual es lo de menos a sabiendas de que es lo de más; en que la palabra y su significado plural, renaciente en la integridad del poema, resulta obsesión de iniciados a un culto místico. A este templo sólo se les da derecho de entrada a unos cuantos.

Derecho por soledad atemporal

La aspiración que antes mencioné incumbe a los poetas de todos los tiempos, y es literal. Aspirare significa echar el aliento hacia algo. ¿Quién realiza la acción de este verbo? ¿Quién lanza ese soplo? Dejo la puerta abierta a la respuesta, poéticamente hablando, sin atentar contra la pluralidad de sentidos. A quien se halle de par en par, se le concederá la inspiración que, según el cofre del tesoro, equivale, en primerísima instancia, a “introducir el aire de la respiración a través de la nariz o la boca, mediante los movimientos adecuados de la cavidad torácica”. De inmediato, sentimos hallarnos ante alguien que verdaderamente sabe tanto introducir como conducir el aire, un cantante. Roberto Bañuelas ha dedicado su vida a esta actividad. A nadie puede extrañarle que ahora ponga en papel, de este otro modo, ese otro modo de concebir la inspiración extraído del cofre: “estado propicio a la creación artística o a cualquier creación del espíritu”. Y dado que la música de la poesía es la del lenguaje, me imagino perfectamente al Maestro articulando oralmente lo que escribe, de la misma fiel y exacta manera en que lo hemos escuchado entonar el Caminando de Nicanor Parra, haciéndole eco ahora en un fragmento (XX) de su Trashumancia...:

No me alcanzará toda la vida de caminante
para encontrarme,
para tenerte o para perderte en este grano de polvo.

Ouroboros, serpiente que se come la cola; hombre siempre en busca del sentido de su persona, de sus deseos cifrados en un grano, en la fugacidad que nos es propia. Vemos a William

Blake susurrándole al oído: “Ver un Mundo en un Grano de Arena/ Y un Cielo en una Flor Silvestre./ Tener en una mano al Infinito/ Y a la Eternidad en una hora.”

Derecho por soledad tradicional

El mostrarse heredero de la tradición en lengua española, curiosamente, hace de Roberto Bañuelas también un solitario. Es un artista, diríase, del Renacimiento que, no conforme con la realización concreta de su tarea principal, el canto como tal, pinta y escribe por necesidad. Y, por añadidura, los temas que le conciernen son decididamente medievales.

La primera y más extensa parte de *Trashumancia del amor cautivo* da título al volumen. Se trata de un perfecto locus amoenus, propio del amor cortés. El autor nos demuestra aquí su predilección por una poesía de trovadores, autores que, a diferencia de los juglares, creaban tanto la música como la letra de su cansó. Como a ellos, a Bañuelas le interesa el trabajo formal, la filigrana musical, que indican una evidente conciencia literaria, creo yo, adquirida a lo largo de una vida en contacto con la escena operística y teatral. El concepto del amor que refleja este género en particular, conocido también como *fin' amors*, radica en el enaltecimiento absoluto de la mujer. Se designa a la mujer como “Señora” (en referencia directa a la relación vasallo-señor/enamorado-dama): en consecuencia, el verbo servir será sinónimo de amar. Nuestro moderno y medieval autor se declara “servidor”; “paga una deuda” a cambio de las “verdades reveladas”; “se multiplica en los espejos”, dándonos a entender la abstracción, la conceptualización, así como los grados, los peldaños de la pasión amorosa trovadoresca: *visus* (contemplación), *alloquium* (conversación), *contactus*, *basia*, *factum* o *assai*... Quien conoce al cantante –y ahora lo sabe trovador– no puede sino remitirse a la terminología musical y a ese enorme *allegro assai* que ha constituido su carrera toda, aplicada a la pormenorización de los síntomas amorosos y la profundización psicológica que implican.

Este medieval morir en vida, el sufrimiento continuo, en el poemario que nos ocupa se llama “amor cautivo”, tal como lo fue aquella memorable Cárcel de amor, de Diego de San Pedro, después de la cual vendría un Garcilaso a hablar de un amor físico insatisfecho, que no vale la pena, y un místico San Juan

de la Cruz que lo desviará hacia lo divino, dando continuidad a la larga tradición de nuestras letras. Roberto Bañuelas sabe, perteneciendo a este linaje clásico y llevándolo un paso más allá, que “también la altura es abismo”. Y a la vez parece reconocer en silencio que esa Señora con mayúsculas, esa Amada, encarna, en realidad, a la Señora de Nadie, un ente ficticio en el que no se ven las contradicciones entre la vida deseada y la vida real.

En los dos últimos apartados de *Trashumancia*... dominan la reflexión doliente, la meditación nostálgica de un filósofo-poeta que lamenta la confusión del sentido original de las palabras en la moderna Babel. Convencido del poder vivo de la voz, ha optado por la del sueño para apropiarse de un mundo: “Si abrimos los ojos, vemos al mundo/ –miserio, grandioso, insomne–;/si soñamos –con los ojos cerrados/ y nosotros en nosotros–,/ el mundo es nuestro.” Gracias al canto, ha experimentado en carne propia que todo hecho espiritual es también físico; que el placer poético es de origen fisiológico, muscular y respiratorio; que aspiración e inspiración pueden llegar a ser lo mismo al dar el salto hacia la otredad, aunque le vaya a uno la vida en ello. ■



Angel Mauro